

En la entrega del busto de bronce de Carlos V, regalo de la Colonia Española y colocado en la escalera principal del Palacio Nacional. --- Discurso del Excelentísimo Sr. EMBAJADOR DE ESPAÑA, MARQUES DE FONTANA

Excelentísimos Señores Cancilleres de las
Repúblicas Centroamericanas,
Excelentísimo Señor Ministro de
Relaciones Exteriores,
Excelentísimos Señores Miembros del
Gobierno,
Honorables miembros del Cuerpo
Diplomático,
Señores y Señoras:

Al dirigiros la palabra en el día de hoy, no puedo olvidar que lo hago el 12 de octubre, Día de la Raza y día conmemorativo del descubrimiento de América.

América es de ayer, pero ayer es para la historia, el lapso de cuatro siglos y medio que nos separan de su descubrimiento. Y no obstante, el hecho está ahí el más trascendental de la historia; y ésta pide una interpretación y una aplicación legítima del hecho.

Excelsos destinos los de España en la historia, señores! Dios quiso probarla con el hierro y el fuego de la invasión sarracena; ocho siglos después fue baluarte cuya resistencia salvó la cristiandad de Europa. Ningún pueblo mejor preparado que el español para llevar a cabo la conquista más trascendental de la historia. La convivencia con árabes y judíos había llevado a las ciencias geodésica y náutica a un esplendor extraordinario. Libre España del peligro sarraceno, sabía en el arte de correr mares, situada en la punta occidental de Europa con una Reina que encarnaba todas las virtudes de la raza, recibe la visita de Colón deshauciado en Génova y Portugal y España que podía haber dedicado su esfuerzo a restañar sus heridas y a reconstruir su rota hacienda, oye a Colón, cree en sus ensueños que otra cosa no eran cuando emprendió su primera ruta, fleta sus famosas carabelas y envía a sus hombres a que rasguen con su pecho de bronce las tinieblas del Atlán-

tico. Hoy se cumplen 459 años desde que las proas de las naves españolas besaban, en nombre de España esta tierra virgen de América y tendido quedó el puente entre ambos continentes. América es la obra de España por el derecho de invención. Colón sin España es genio sin alas. Sólo España pudo incubár y dar vida al pensamiento del gran navegante que luchó con nosotros en Granada. Al descubrimiento siguió la conquista. Cuando España en el día del Pilar en 1492 aborda en las playas de San Salvador no sabe que tiene a uno y otro lado de sus naves diez kilómetros de costa y un Continente de 40 millones de kilómetros cuadrados; ignora que lo pueblan millones de seres humanos, partidos en cien castas con una manigua de idiomas más distintos entre sí que los más diversos idiomas de Europa. Imposible hablar de la conquista y colonización de América. Una epopeya de tres siglos no cabe en una frase y la obra de España en América es más que una epopeya: es una creación inmensa en la que no se sabe que admirar más, si el genio militar de unos capitanes que, como Cortés conquistan con un puñado de irregulares un Imperio como Europa o aquel profundo espíritu saturado de humanidad y caridad cristiana con que el Consejo de Indias año tras año elaboró ese Código inmortal de las llamadas Leyes de Indias, de las que puede decirse que nunca en ninguna legislación, rayó tan alto el sentido de la justicia ni se hermanó tan bellamente con el de la utilidad social del pueblo conquistado.

Cuando se escribe la historia de los descubrimientos y la conquista, sólo se advierten las sombras ineludibles en toda obra humana olvidando la grandeza épica de la hazaña, la civilización impuesta y los muy nobles atributos raciales trans-

mitidos a esos pueblos. Se olvida como surgieron todas las ciudades americanas por el esfuerzo civilizador de los conquistadores, como se difundió la cultura, como en 1810 había 17 Universidades en América, como surgieron de aquellas Universidades creadas por España en América esclarecidos ingenios como Durán, Motolinea, Sahagún, Garcilaso de la Vega, Sandoval y otros. El juicio sobre la conquista debe hacerse integralmente en su conjunto por sus fines, sus medios, por la época, por las contingencias panorámicas de inmenso escenario y en especial por los resultados. Con respecto a resultados si España ha creado en América pueblos inferiores, incapaces o ingratos, entonces condenamos la conquista y los conquistadores. Pero juzgue el mundo sobre esos países que los ve como una aurora luminosa, como la tierra de la concordia y la conciliación humana. Díganlo los pueblos de Europa, carne doliente y atormentada para los cuales, la esperanza se llama AMÉRICA. Los pueblos de este continente, lograda su independencia no reanudaron su vida ni su historia dentro de los modos anteriores a la conquista, no volvieron al clima espiritual de aquel 12 de octubre de 1492 en que la Santa María rasgaba las costas de América, no volvieron al indio y a sus modos; entre lo indio y lo español optaron por lo español definiendo así su estirpe, porque esos pueblos no han luchado contra lo hispánico, sino por independizarse de un Gobierno que se empeñaba en sujetarlos a su obediencia. Y no volvieron a lo indio, no por falta de oportunidad o iniciativa, pues sabido es como Belgrano propuso con insistencia la coronación en El Plata de un descendiente de los Incas para restaurar esta monarquía y sabido es el rechazo categórico de tan irreflexiva propuesta. Los pueblos de Hispanoamérica al asumir su soberanía siguieron viviendo y vivificando el espíritu español porque español era su contenido íntimo, nutrido de alma española en tres siglos, en que el sentir, el obrar, el pensar y el hablar fue solo español.

Con Carlos I comienza la época moderna de la historia de España, pues si bien los Reyes Católicos llevaron a cabo la unidad nacional, la política española no adquirió hasta el advenimiento del Emperador Carlos V el carácter de universalidad que tuvo hasta entonces. Grandes do-

minios dejaron los Reyes Católicos a su ilustre nieto, tal vez con una unidad no muy bien definida pero sí lo suficiente para permitir la expansión que debía de iniciar Carlos I y llegar a su apogeo en el tiempo de Felipe II. España llegó a ser en su época la nación más influyente del concierto de Europeo.

Nació el 25 de febrero de 1500 en un Castillo de los alrededores de Gante, Flandes, hijo de Doña Juna la Loca y Felipe el Hermoso; era pues, nieto de los Reyes Católicos. El Emperador Carlos V demostró desde niño una serenidad imperturbable. Fue al principio, debido a su origen belga, poco querido en España y durante su reinado tuvo que sofocar diversos levantamientos provocados por su decidido apoyo a Consejeros extranjeros.

Fué ante todo un político y un militar; sus transacciones con los protestantes y el ceder cuando no podía castigar expiando el momento de fortaleza propia, para beneficiarse en la contraria debilidad, denotaban su espíritu experto y apto para resistir a las acechanzas de la intriga. Hasta sus mayores enemigos reconocen en él un alma superior, una majestad de ánimo que le hace volar como el águila sobre las pequeñeces de la diplomacia de aquella época en parangón con sus grandiosas concepciones. Su estatura moral excedía con mucho de la física. Era tan asombrosa su competencia y tan certero su juicio en los asuntos de gobierno que maravillaba a los Consejeros más duchos y experimentados. No aspiró como se ha dicho, a la monarquía universal, pero sí a conservar sus vastos Estados con el pensamiento fijo en abatir el poder de la Media Luna. Las lejanas empresas del Emperador costaron sangre y caudales de oro a España para conquistar los timbres de inmortalidad a una raza gloriosa cuyo nombre se pronunciaba con respeto en todos los confines del orbe. "La mayor cosa después de la creación del mundo —le decía Gomara a Carlos V— sacando la encarnación y muerte de Quien lo creó, es el descubrimiento de las Indias". Colón descubrió las de Occidente y Vasco de Gama las de Oriente; son los dos brazos que tendió la Iberia sobre el mar con los que ciñó toda la redondez del globo. Los españoles del siglo XVI como dice un escritor de nuestros días, habían descubierto y conquistado y casi colonizado la parte interior de América desde el nordeste

de Kansas hasta Buenos Aires y desde el Atlántico hasta el Pacífico. Su labor portentosa y titánica les había hecho dueños de la mitad de las comarcas del norte de este Continente, de Méjico, de Yucatán, América Central, Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Chile y otros extensos territorios gracias a la intrepidez de aquellos hombres cuyos nombres perduran en la historia como Colón, Núñez de Balboa, Pizarro, Hernán Cortés, Alvarado, Valdivia y otra infinidad de ellos.

Fué Don Carlos, dice Cavanillas, el hombre más grande de su siglo, tan fecundo en grandes hombres. Coincidió su imperio no sólo con la conquista del continente americano, sino también con el renacimiento de las Letras, la caída completa del régimen feudal y la creación y engrandecimiento de los tronos. Los pueblos se acogían en todas partes al poder monárquico. La monarquía era el puerto de asilo de las naciones náufragas. Fue protector del catolicismo, intrépido y valiente, calculador y reflexivo, infatigable en el trabajo y tranquilo en la próspera y adversa fortuna. Sabía vencer y perdonar. Cánovas del Castillo añade que llamaban a Carlos V los españoles el César por su dignidad imperial; y era en realidad otro Julio César por su persona; tranquilamente valeroso cual César, cual César

confiado y aventurero, cómo César generoso y magnánimo, autor como César de comentarios, lo mismo que César en fin, gran general, escritor y hombre de estado incansable en la acción durante la vida a la par que despreciador del mundo e indiferente a la muerte.

Carlos I de España y V de Alemania agobiado por tan agitada vida y amargado por múltiples decepciones que tuvo que sufrir, decidió renunciar al trono de sus antepasados y cedérselo en vida a su hijo Felipe II, retirándose al Monasterio de Yuste situado en la Provincia de Extremadura un año antes de su muerte, la que ocurrió el 21 de septiembre de 1558.

En recuerdo de este gran Emperador a quien tanto debe España y que además dió a esta población el título de San Salvador por Cédula Real de 27 de setiembre de 1546, la Colonia Española hace cesión de esta efigie, y yo en su nombre la ofrezco como prueba del agradecimiento que todos y cada uno de ellos siente por las múltiples atenciones y ayuda que en su carrera de constante trabajo han recibido no solamente del pueblo salvadoreño sino de su digno gobierno que durante largos años ha sabido siempre tratarlos no como extranjeros sino como propios nacionales, hijos de la misma madre.

San Salvador, 12 de octubre de 1951.

Inauguración de la Plaza España y entrega del obelisco conmemorativo de Balboa por la Colonia Española. ---

Discurso del Excmo. Sr. Embajador de España

MARQUES DE LA FONTANA

Excelentísimo Señor Alcalde de la ciudad de San Salvador,

Señoras, Señores:

Me cabe el honor, por encargo de la Colonia Española de agradecerle, Señor Alcalde, la idea que ha tenido la Dirección General de Turismo, a instancias del Gobierno salvadoreño, de designar este lugar con el nombre de "Plaza de España".

Me congratulo además, de que esta ceremonia se efectúe por pura coincidencia hoy, Día de la Raza, día de imperecedera memoria para los países hispanoamericanos y para España porque fue mi patria, porque fue nuestra raza, la que tuvo el privilegio de realizar la obra cumbre de la humanidad que hoy se conmemora, el descubrimiento, la conquista y la civilización del nuevo Continente.

Gran admiración merecen aquellos navegantes que se lanzaron por mares desconocidos para descubrir tierras para la gloria de España, mas no disponemos de tiempo suficiente para relatar tanta hazaña.

El Salvador, bañadas sus costas por las olas del Pacífico, ha querido conmemorar con la formación de este bellissimo Parque la memoria de aquel intrépido navegante Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur.

Recordemos por breves instantes la personalidad de aquel hidalgo español.

Cierto día de setiembre de 1510 dos carabelas a escasa distancia una de otra, se deslizaban suavemente, empujadas por una brisa leve sobre las aguas del mar de las Antillas. A bordo se respiraba la fiebre de las grandes aventuras. Los dos navíos habían perdido ya de vista la isla Española, la Santo Domingo de nuestros días, cuando repentinamente la tapa de uno de los barriles de tasajo que habían embarcado, saltó y de él salió un hom-

bre de aspecto decidido, con casco, armadura y su espada al cinto. Gran disgusto manifestó cuando se apercibió de su presencia, el Jefe de esta expedición, que no era otro sino el bachiller Martín Fernández de Enciso, pues estaba absolutamente prohibido que se metieran a bordo, aventureros que huyesen de sus acreedores de Santo Domingo. Varios días estuvo encarcelado Vasco Núñez de Balboa anunciándosele que sería abandonado en la primera isla que a su paso se encontrara la carabela. La defensa que del prisionero hizo uno de los soldados de la tripulación llamado Bartolomé Hurtado y las simpatías que supo captarse con el resto de las gentes de a bordo, hizo que su condena fuese cancelada y alistado en las mismas fuerzas expedicionarias. Tenía entonces Balboa 34 años, hombre bien formado y en pleno desarrollo de todas sus facultades. Era Extremeño nacido en Jerez de los Caballeros en 1475. Salió por primera vez de España en 1500 en una expedición también de dos carabelas, al mando de Rodrigo de Bastidas con rumbo hacia la Isla Española. Allí con fortuna varia pasó algún tiempo hasta que plagado de deudas y arruinado se alistó en la nueva expedición de Enciso que salió para reforzar las de su asociado Ojeda y que se dirigió con objeto de fundar el primer establecimiento español en Tierra Firme —que era entonces el nombre que se le daba al Continente Americano del que apenas se conocía parcialmente las costas.

Después de haber perdido uno de los barcos y tras no pocas privaciones y dificultades lograron instalarse en la costa occidental del Golfo de Darién entre la actual frontera de Colombia y Panamá. Desembarcaron junto a una aldea india evacuada por sus habitantes y allí decidieron quedarse. De allá con sus pocos recursos fueron no obstante, avanzando los españoles contra los indios teniendo

la alegría de encontrar en los pueblos conquistados víveres abundantes e ídolos adornados con chapas y cadenillas de oro. La rígida organización impuesta por el jefe de la expedición Enciso, produjo el descontento general de sus subordinados, que culminó con la deposición de Enciso y la formación de un nuevo gobierno al frente del cual pusieron a Vasco Núñez de Balboa. Sería demasiado largo relatar aquí los mil incidentes, aventuras y dificultades porque nuestros colonos pasaron; digamos únicamente que Balboa se mostró no sólo buen organizador, sino buen político y aun diplomático inteligente.

En vez de dejar que sus hombres siguieran atacando a los indios, desarrolló una política de aproximación pacífica atrayéndose las simpatías de los principales caciques indígenas. Mientras tanto la posición de Balboa en la Metrópoli distaba mucho de ser segura a causa de las infinitas reclamaciones que contra él presentara en España su antiguo jefe Enciso. Al ser nombrado el viejo militar Pedrarias Dávila para Gobernador de las nuevas tierras españolas del Darién, cuya candidatura apoyaba el Obispo Fonseca, hombre todopoderoso en las cosas de América y muy influyente, Balboa se dio cuenta de su difícil situación y a pensar, que había que hacer méritos o algo grande para evitar que le destituyesen. Y así, el primero de setiembre de 1513 emprendió un viaje a través del istmo con dirección hacia el Mar del Sur de cuyas aguas tenía noticias por los relatos de los indios.

Después de anunciar a sus compañeros los grandes peligros que habrían de correr, eligió entre los que se le ofrecieron voluntariamente, los 90 que le parecieron de más resistencia. Bosques impenetrables, pantanos peligrosos, una temperatura altísima, acechanzas de indios no siempre amigos; todo supo vencerlo el gran jefe que era Balboa. Por fin el 25 de setiembre un guía indio señala a Balboa un cerro que dominaba la serranía que iba atravesando, "desde allí —le dice— se ve el mar". Balboa manda parar a los suyos

y solo, trepa a lo alto del cerro; ante su vista maravillada, se extendía sin límites el Mar del Sur. Cuando dió la noticia a sus tropas, sus veteranos le abrazaron con lágrimas de alegría. Al llegar al pie de la serranía, y por fin el 29 de setiembre por la tarde, llegaron a la playa. Allí, Balboa, con su espada en la mano derecha y la bandera real en la izquierda se metió con toda la armadura hasta la rodilla en el agua del mar y así solemnemente tomó posesión del Pacífico en nombre de la Corona de España. Por ser el día de San Miguel, el golfo recibió este nombre y aun lo lleva hoy. A los pocos meses de su proeza empezaron los sinsabores para Balboa. El 29 de junio de 1514 Pedrarias Dávila anclaba en Santa María con severas órdenes del Rey a quien se le había pintado la figura de Balboa con los más negros colores. Destituido y sometido a un proceso, no le valió ni siquiera la contra orden Real que llegó más tarde. En enero de 1519 fue condenado a muerto por Pedrarias a pesar de sus protestas contra las viles calumnias que le llevaban a la muerte.

En recuerdo de este insigne navegante y para que quede grabado en el corazón del pueblo salvadoreño el nombre de Vasco Núñez de Balboa, la Colonia Española ha obtenido el permiso de levantar en medio de esta artística plaza un obelisco a cuyo coste han contribuido cada uno de los españoles que la integran y cada uno en la medida de sus fuerzas, con su óbolo que va incluido en el cheque que el Señor Presidente de la Beneficencia Española entregará al Excelentísimo Señor Alcalde de San Salvador.

Formulo mis votos más fervientes por el bienestar del gran pueblo en que vivimos, porque la vida de los españoles e hispanoamericanos de El Salvador esté exenta de pesares, por la gloria y prosperidad de la Madre Patria y de sus hijos y porque la unión entre españoles e hispanoamericanos sea tan íntima como corresponde a hijos de la misma Madre inmortal.

Inauguración del busto de Carlos I de España y V de Alemania, en la escalinata Oriental del Palacio Nacional.—Discurso del TTE.

CNEL. JOSE MARIA LEMUS, MINISTRO DEL INTERIOR

Vengo a agradecer, a nombre del Gobierno salvadoreño, el rasgo del Excelentísimo Embajador de España en nuestro país, Don Juan Gómez de Molina, Marqués de Fontana, quien nos ha traído esta valiosa donación que hace la Honorable Colonia Española residente en El Salvador: el bronce conmemorativo de una de las más esclarecidas, varoniles y admiradas figuras de la historia mundial: el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, el monarca benefactor, en cuyas manos la Providencia juntó el magnánimo ademán y la violencia unificadora de la espada, que logró estructurar el destino de la Europa milenaria en un camino de superación y de grandes conquistas espirituales y materiales, pesando a la vez sobre el porvenir de los conglomerados jóvenes de América.

Al contrario de lo que sucede con otras figuras históricas, que sólo son grandes en virtud de la jerarquía que representan, en Carlos I no se aprecia y admira tanto el resplandor de la dinastía que sostuvo y consolidó, la grandeza de su imperio mundial, su poderío invencible de emperador y guerrero, cuanto su vasta capacidad humana y progresista, la fortaleza de su corazón comprensivo y amoroso, su talento sutil y constructivo, en una palabra, su humanismo fecundo, manifestado en las más nobles acciones y los rasgos más heroicos y los pasos más grandes y trascendentales de su vida. Estas condiciones han hecho de él una figura histórica peculiar, en cuya exaltación y admiración se dan la mano y se conjugan, identificados en un mismo sentimiento, la activa actitud republicana y la tradicional ideología monárquica.

El bronce de Carlos I que acabamos de descubrir, y que es como un nuevo recuerdo de la ínclita España, de cuyas manos lega hasta nosotros, viene a sumarse a otros bronce y mármoles, expuestos a nuestra veneración en este Pa-

lacio Nacional, en donde ya tenemos a Isabel de Castilla, la Reina generosa y de inmenso pensamiento; tenemos a Cristóbal Colón, el Almirante valeroso y visionario, cuyas carabelas marcaron a través del mar nuestra ruta hacia la cultura hispánica y hacia el corazón profundo y estremecido de Castilla; y tenemos, más alto, y más unido también a nuestro clamoroso afecto, a uno de los símbolos de la nueva nacionalidad: Atlacatl, el indio bravío y tempestuoso de la sangre conquistadora, en torrentes enardecedores, afirmando el afán hispano de conquista y el propósito de sumar a la gloria de España el destino de los pueblos de América.

Sobre estos símbolos representativos de la firmeza y heroísmo de dos razas, y de la capacidad de amor y sacrificio de ellas, se afianza nuestro antiguo y sostenido querer a la Madre Patria, expandido hoy, en expresivas manifestaciones, en la conmemoración inusitada de este Día de la Raza. Estamos reiterando en esta fecha, a los ojos del mundo, que el amor a España y a sus hombres señeros predomina en Hispano-América, en esta raza por cuya voz se expresa el espíritu, según el decir del poeta. Destruído el sentimiento de sumisión de la colonia, se abrió paso un nuevo sentimiento, más claro, más rotundo y mejor perfilado hacia la Madre común de América: un cariño a España surgido espontáneamente en nuestros corazones, henchido de admiración y de unciosa veneración, que vino a demostrarnos que la voz de la sangre es más poderosa y más fuerte que cualquier enunciado político, o que la voz de los intereses ocasionales.

Nuestras nacionalidades, ya sean grandes o pequeñas, ya hayan crecido hasta agigantarse, o continúen rezagadas y mínimas, no han renunciado jamás a ese sentimiento amoroso. Aun en nuestras luchas duras y conmovedoras, cuando algo

extraordinario brotó de nosotros, ese algo tuvo mucho de español: si la hidalguía resplandeció en nuestro camino de vencedores, o el orgullo puso una chispa de luz en nuestro destino triste de vencidos, esa hidalguía o ese orgullo fueron españoles; cuando perdonamos al enemigo, cuando exaltamos el progreso, cuando iniciamos la aventura extraordinaria, cuando nos rendimos devotos ante la cultura, cuando hicimos algo en favor de la ciencia, es que estaba en nosotros, hirviente, en toda su plenitud biológica, la sangre española, que nos dió una nueva forma de amor hacia España, creando en nosotros un sentimiento fuerte y hondo, no el de la mesnada esclavizada, sino el afecto libre, del hombre también libre, que ama porque sí, porque el amar le viene de las más íntimas raíces del corazón.

* *
*

Hay algo de impreciso en todas las descripciones de esta sugestiva figura de Carlos I y mucho de frustrado en todos los intentos de penetrar hasta lo hondo en esa mentalidad vigilante y en ese espíritu robusto e indomeñable a quien sólo puede reducir y quebrantar la invencible naturaleza, y más fuertemente la tendencia a la melancolía y la renunciación que hereda de la madre infortunada. En este aspecto la herencia le resulta desfavorable, pero la circunstancia es compensada por los rasgos heredados de otros de sus ascendientes, y que se convierten en poderosos auxiliares de su vida febril y llena de nobles y valerosos afanes. Con palabras de uno de sus biógrafos describiremos estas particularidades de su carácter: *"Heredó de Fernando la astucia; de Isabel la grandeza de las concepciones; de Carlos el Temerario el valor; de Maximiliano la afición a las bellas artes y a la mecánica; de su madre la melancolía"*.

Ya los augustos abuelos, Fernando e Isabel, habían dejado escritas acciones de contenido inmortal: alentando la audacia de Colón, habían robado sus secretos al Océano, habían ido más allá de la consagrada tradición, y dado a Europa un Nuevo Mundo, el cual más tarde sería teatro de grandes luchas y de tremendos dramas históricos. No era extraño, pues, que siguiendo la línea trazada por ellos,

y atendiendo a la voz de la sangre, el hijo de Doña Juana y Felipe el Hermoso, nacido en Gante el día de San Matías, 24 de febrero de 1500, deseara también, desde muy joven, en cuanto la conciencia de su enorme destino comenzó a alborear en él, realizar acciones inusitadas, y las realizara, ya a través del suave gesto diplomático, con el cual estuvo identificado desde niño, ya blandiendo la espada en el campo de batalla, cubriéndose de glorias militares, y consolidando a fuerza de lucha un imperio mundial que llega a asombrar en los tiempos modernos, cuando se considera lo que esa conquista significa en aquellos años de escasos recursos militares en que la fuerza de la voluntad y el arrojo del caudillo tenían en mucho que suplir y superar la deficiencia de las armas.

A los trece años, en plena juventud impetuosa, comienza a relacionarse con la vida activa de la política, y la gloria del gobierno empieza al mismo tiempo a sonreírle y a mostrarle los aspectos severos de la vida. Así de joven todavía, en un grado que en estos tiempos se consideraría hecho fantástico, se le encarga del gobierno de Flandes. Para aquellos tiempos el ser poderoso a los trece años no era en ninguna forma una cosa inusitada, sobre todo si se considera el esmero con que se cuidaba de la educación de los vástagos de las familias dinásticas, relacionados desde muy temprano, no sólo con las cosas del trono, sino también con toda clase de artes, ciencias y ejercicios, en forma de no tener que soportar por mucho tiempo la tutela de regentes o consejeros. Al lado de Carlos, presidiendo su formación física e intelectual, habían estado verdaderos sabios, hombres de íntegra valía, uno de los cuales, Adriano de Utrecht, llegó a ser más tarde nada menos que Papa, conocido bajo el nombre de Adriano VI; estuvieron además, ejerciendo oficio de mentores, junto a él, el señor de Chievres, Roberto de Gante Wiele, Juan de Anchieta, el sabio español Luis Vaca, y en primer plano, después de Utrecht, Guillermo de Croy, el que a la vez fué su conductor en los primeros ejercicios del reinado. Todos estos hombres logran hacer del joven príncipe el verdadero tronco sobre el que ha de sustentarse más tarde un poderoso y extenso imperio. Tres años después de habérsele confiado el gobierno

de Flandes se le entrega también, virtualmente, la corona de España a causa del precario estado de salud de su madre Doña Juana. Interviene entonces en su vida, aunque en forma un tanto fugaz, la figura magnífica del Cardenal Cisneros, y luego sigue el ascenso rápido hacia las cumbres del poder, a través de luchas enormes, en las que tuvo que enfrentarse con la subversión y la rebeldía, con el enemigo extraño y el enemigo interno, que buscaban constantemente aniquilarlo. Pero su juventud y su preparación se sobreponen a todo. A los 16 años está definido como un luchador robusto e invencible. A los 19 años, ceñida la corona de Emperador de Alemania, ha llegado a su apogeo. Comienza a valerse por sí mismo, a ser él el dueño de sus consejeros, y prosigue el ascenso vertiginoso, cubriéndose de gloria, mostrándose audaz y prudente al mismo tiempo, conociendo y esgrimiendo de lleno la sagacidad diplomática o la astucia y la temeridad del guerrero.

Como si de antemano conociera la máxima de que "sólo viviendo peligrosamente se vive dignamente", buscaba el peligro de continuo, en luchas atrevidas, en proyectos fantásticos, en extraordinarias aventuras, que llegan a su culminación cuando sus tropas vencedoras, con él a la cabeza, dominan a las fuerzas de Barbarroja, en agua y tierra de La Goleta, y marcha luego hacia la conquista de Túnez. A los 35 años ha realizado un gran sueño cesáreo, y al igual que Julio César a quien tomara como modelo de su vida, ha dominado el mundo con su arrojo y con el poder de su espada invencible.

En todos estos rasgos ha tenido el comportamiento de un hombre múltiple, tremendamente complicado y extraño en sus actos y decisiones. No ha sido —ni lo fué en toda su vida— el vencedor inflexible ni el déspota irreflexivo. Hay un impreciso y oscuro germen democrático inspirando sus acciones, acaso como reflejo de la educación profundamente humanista recibida de sus mentores desde los primeros años de su vida. Es voluntarioso pero sabe ceder y meditar, conociendo el camino y el momento en que su voluntad ha de imponerse, y el momento en que, por el contrario, tendrá que triunfar la voluntad ajena. Esta característica la ha revelado desde los primeros mo-

mentos de su legada a España, en donde se le recibe en actitud hostil, y en donde se enfrenta a la subversión, a la traición y más tarde a la guerra.

Este modo de actuar lo hace aparecer, a veces, sumamente contradictorio. Conurbado a ratos por sus propias victorias, sueña dar la impresión de ser el hombre que acaso no quería la grandeza, y se torna generoso y cariñosamente humano con el vencido, sobre todo cuando comprende que en la acción militar sus fuerzas han cometido excesos. Enluta su corte tras la noticia del saqueo de Roma, y busca reconciliación con el Papa prisionero, tomando para sí el dolor de la afrenta sufrida por el Pontífice. En Túnez, estando en condiciones de seguir adelante, y de dominar hasta el último reduto del enemigo, retorna a Europa en vista de que sus tropas están predispuestas al saqueo y al vandalismo. Es munificente, y dedica a un asilo de huérfanos el precio de una victoria lograda con sangre y sacrificio. Pero su generoso corazón se muestra en el mayor grado de varonil entereza cuando en Roma, y tras de haberse posesionado del Ducado de Milán, reta a Francisco I, y, en gracia de evitar los grandes males y daños de la guerra, y para mantener y fortalecer la unidad de Europa, que era una de sus constantes preocupaciones, le propone batirse, ofreciendo él heroicamente su vida, y pidiendo que después de la lucha, el vencedor haga retornar la perdida unidad europea, *"y volvamos las fuerzas de Alemania, Francia y España contra el Imperio Otomano"*.

El reflejo de la clara grandeza de Carlos I, llega también hasta las tierras de América. No obstante la vastedad de la obra que ha tenido que desarrollar en Europa y Africa, también se preocupa por el nuevo Imperio, al que tiene que brindar su asistencia para consolidar y engrandecer la obra de sus abuelos, apenas iniciada. Bajo su reinado se abren a las naves españolas las costas de Centro América, y la Costa de Honduras es la primera que se incorpora al itinerario del Caribe, y abre nuevos caminos a la conquista y la civilización. Sobrevienen el descubrimiento de Nicaragua, la conquista de México, Guatemala, Honduras, Perú y Chile. Su afán paternal se prodiga, celoso y múltiple, sobre el nuevo panorama, y se dedica, firme y conmovido al mismo

tiempo, a continuar la obra que Isabel y Fernando dejaron trunca. La tarea no es fácil en manera alguna, porque implica sobre todo una enorme dispersión de fuerzas, lo que hace decir a uno de sus biógrafos: "*La inmensa extensión de su Imperio mundial constituía, a la vez que la fuerza de Carlos I, su debilidad*". Y en realidad, uno de los flancos vulnerables, y a menudo descubiertos, era América, y sobre todo Centro América. No obstante, su espíritu conciliador busca atraerse la simpatía y el cariño de esos pueblos jóvenes, que comienzan el penoso y trágico proceso de su incorporación a la historia de la humanidad. Aun cuando esa extensión que lo debilitaba no le permitió desarrollar en grado máximo su poder benefactor, él busca y encuentra arreglos y soluciones, dirime disputas, dicta medidas paternales, oye atento las quejas de Fray Bartolomé de las Casas, y acepta sugerencias y remedios, en la búsqueda de un mayor estado de justicia para el indio. Su genio intuitivo conoce ya que se trata de pueblos pujantes, que un día han de buscar el camino de la emancipación y la autodeterminación, proceso al cual España misma tendrá que contribuir.

*
* *

He tratado de trazar un ligero perfil del coloso, que superando el consejo de Pedro Ruiz de Villena, quien le recomendara dos horas para cada uno de estos menesteres, supo olvidarse de la fugacidad del tiempo y dedicó dos horas a la oración, cuatro a los estudios, cuatro a los cuidados de la justicia, y cuatro a los asuntos militares; y una media hora más, para la devota atención fraterna a las hermanas, poderosas como él pero siempre necesitadas de protección.

Como quiera que sea, su Imperio fulgurante y hermoso, en cierto modo abrió el camino hacia la gloria humanista y republicana del mundo. No sería posible olvidar que bajo su reinado se realizó la Reforma, florecieron los sentimientos humanistas, y se exaltó el arte con Tiziano, el pensamiento revolucionario con Erasmo, el heroísmo y la aventura con Magallanes.

El signo más alto de su poder se muestra en la veneración, la subordinación y el indeclinable respeto con que supieron servirle sus adictos. Los hombres bajo su

influencia llevaron por todos los rumbos la gloria de su nombre. El estuvo en los labios de Hernán Cortés, aun en las horas penosas de la "noche triste"; acompañó en el sacrificio y en la gloria a los hombres de Magallanes; vino a Centro América con Alvarado, en donde los bronces de los templos y los muros de las poderosas construcciones se encargaron de recordarlo; estuvo aún en los sollozos de la infortunada Doña Beatriz de la Cueva.

*
* *

Grande como el sol, aun en el ocaso, cuando desembarca en Laredo el 28 de setiembre de 1556, a dos años escasos de su muerte, ha arreglado sus cuentas en la tierra y se prepara a buscar el camino de la gloria eterna. Ha renunciado a su trono, y en un rapto de melancolía, en el que se advierte ya, más visible que nunca el reflejo de la herencia materna hecha de aflicción y de renunciaciones, en el momento de desembarcar, exclama a la manera de Job: "*Yo te saludo, madre común de los hombres: desnudo salté del vientre de mi madre, desnudo volveré a entrar en su seno*".

Ingresa luego en el Monasterio de Yuste, en donde muere el 21 de setiembre de 1558, no sin antes encontrar un nuevo mentor que —como en otro tiempo Adriano VI le enseñara el camino de la gloria terrena— le muestra el camino de la gloria celestial: el Duque de Gandía, también refugiado en el Monasterio, y que más tarde formará parte en el rol de los santos de la Iglesia con el nombre de San Francisco de Borja.

*
* *

Una radiosa efemérides, una conmemoración gloriosa nos ha reunido hoy en el corazón de la tierra centroamericana libre y democrática, para evocar emocionados recuerdos del pasado lejano y rendir un tributo de agradecido cariño a las fuerzas, las circunstancias y los hombres que contribuyeron a delinear la ruta de nuestro destino actual; fuerzas, circunstancias y hombres que encuentran en Carlos I y la época de su reinado magnífico, la más justa, brillante y enaltecida expresión.

San Salvador, 12 de octubre de 1951.